

del autor, y a hacer algunas reflexiones de lo que habría podido ser el sistema ferroviario en Colombia. Incluso, se hacen preguntas que se plantearon antes del inicio de la primera construcción ferroviaria en el actual territorio colombiano, y que aún siguen sin resolver, respecto a definir cuál sería el mejor administrador de estas obras: si el Estado o los particulares.



Y, en el fondo, hay mucha razón. El libro es sencillamente un inventario de tramos ferroviarios y de nombres de personas que participaron en el proceso de formación de la malla férrea del país. Se percibe, claro está, la importancia de reconocer méritos y esfuerzos, a los ahí mencionados. Eran hazañas los procesos de construcción de los tramos ferroviarios, que tenían que soportar la geografía más variada a través de campos inhóspitos, sin mencionar las enfermedades y muertes de los trabajadores, los intereses políticos y económicos.

Además de las razones biográficas expuestas, en el libro se hace un inventario de cada uno de los tramos ferroviarios del país. De cada uno de ellos hay una corta descripción del trayecto o su longitud, los centros poblacionales que uniría, el marco legal que autorizaba su construcción, los ingenieros o los contratistas que participaron en su gestión, señalamientos geológicos de los terrenos del trayecto y, en algunos casos, las partidas presupuestales.

La ausencia de señalamientos anecdóticos como la concepción de

los tramos, la planificación de los mismos, los debates y pleitos legales, el entorno histórico y político del país en cada momento, los beneficios de las obras, entre otros aspectos, hacen que la obra no tenga esa riqueza que esperaba antes de iniciar la lectura.

Es imposible separar la situación política y social del país en cada obra ferroviaria. Guerras civiles, reformas constitucionales, principios religiosos, debates políticos y programas de gobierno afectaron el proceso de desarrollo de la red ferroviaria en Colombia. Entonces, no hay motivos para dejar estos aspectos por fuera. Cuando en el título de un libro veo la palabra "historia", me imagino un contenido anecdótico, más allá de una descripción, con tintes cuantitativos.

También entre las páginas se encuentran una serie de mapas con líneas férreas, que en el papel y en el marco legal componen la red ferroviaria de Colombia. En la práctica no es más que una simple nostalgia con algún énfasis de romanticismo, pues muy poco de ella funciona, y muy pobre es su aporte al desarrollo del país. Sin embargo, constituyen una huella de grandes luchas e importantes logros, que en su momento fueron pilar fundamental para el desarrollo de la sociedad colombiana.

Como era el deber y la lealtad del autor de este texto frente a la asociación que agrupa a todos sus colegas, forma parte del libro reseñado una descripción de todo lo que han sido "Los ferrocarriles ante la Sociedad Colombiana de Ingenieros" a través de una conferencia del ingeniero Alfonso Orduz Duarte. El pasado, el presente y el futuro del sistema ferroviario conforman dicha intervención.

El deseo del ingeniero Orduz al concluir su participación es fiel reflejo del mío y del sentimiento de muchas personas que conforman la demografía colombiana: "[...] convencer a quienes tienen que tomar decisiones [...] para que la recuperación y modernización de los ferrocarriles constituyan un propósito nacional [...]"

El tema del ferrocarril expuesto en esta obra tiene un contenido más idealista y nostálgico que realista. Por esto invito a quienes así lo sientan o a quienes así lo precisen, a ampliar y profundizar el contenido histórico de este libro, cuya cantidad es aún muy pobre frente a la riqueza temática que encierra. Su estructura da para pensar, a veces, que es una simple compilación de información, la cual no entrega coherencia a la obra.

Sin embargo, las páginas dejan percibir que es un libro lleno de amor, vocación y sentimiento. Es un texto que, aunque en ninguna parte lo dice, tiene un principio de vocación a la profesión del autor (ingeniero civil), tiene bases de amor al país, tiene aroma de servicio a la sociedad, y lo más importante, tiene bases de responsabilidad moral y social, al dejar esta primera reflexión con aproximación histórica de los ferrocarriles, para que otros, en el presente o el futuro, siembren nuevos y variados elementos a los momentos que componen esta obra. Quiero incluirme en ello.

CARLOS DELGADO



Gabriel García Márquez-Álvaro Mutis: **Lecturas convergentes**

Esta semana empieza a circular un libro que no está escrito ni en prosa ni en verso, que no se parece, por su originalidad, a ninguno de los libros en prosa o en verso escritos por colombianos. Está lleno de una poesía cruda, en ocasiones desolada, y tiene un título aterrador: Los elementos del desastre.

Su autor, Álvaro Mutis, actual jefe de relaciones públicas de la ESSO Colombiana, no está clasi-

ficado en ningún grupo o tendencia literaria y no, seguramente, porque no lo haya querido, sino porque ha estado siempre ocupado en cosas demasiado serias: en el departamento de relaciones públicas de Lansa, en la gerencia de una emisora y en un ciento de cosas más, igualmente prácticas, de manera que la mayoría de sus amigos —a quienes Álvaro Mutis les parece un hombre fabulosamente simpático— no pueden explicarse a qué horas escribe sus libros.



Este texto de Gabriel García Márquez apareció en el diario *El Espectador* de Bogotá, en agosto de 1954, y es como el público certificado de nacimiento de una muy larga amistad. Precedía a un amplio reportaje donde Mutis se definía críticamente ante la tradición poética colombiana y subraya dos puntos de interés: en contra de la tardía moda que llegaba a Colombia a destiempo, asignándole a la literatura una función social, Mutis proclamaba: “La única función que debe tener una obra de arte es crear valores estéticos permanentes”.

Y ya al final de las polémicas de claraciones, esta intuición: Colombia como síntesis de lo americano.

Vastas costas, cordilleras, llanos, selvas, todo eso sirviendo de marco a cien años de apasionadas guerras civiles, de sangrienta búsqueda de una nacionalidad, de un perfil, de una voz de América.

¿No es ésta acaso una precoz síntesis anticipada de *Cien años de soledad*?

Ya instalados ambos en México (Mutis llega en 1956, García Márquez en 1961) experimentaba García Márquez una sequedad creativa producto de la convicción realista que nutría sus primeros libros. Y, en sus propias palabras:

*No me consideraba agotado. Al contrario: sentía que aún me quedaban muchos libros pendientes, pero no concebía un modo poético y convincente de escribirlos. En esas estaba, cuando Álvaro Mutis subió a grandes zancadas los siete pisos de mi casa con un paquete de libros, separó del montón el más pequeño y corto, y me dijo muerto de risa: ‘¡Lea esa vaina, carajo, para que aprenda!’. Era Pedro Páramo. Aquella noche no pude dormir mientras no terminé la segunda lectura. Nunca desde la noche tremenda en que leí *La metamorfosis de Kafka* en una lúgubre pensión de estudiantes de Bogotá —casi diez años atrás— había sufrido una conmoción semejante.*

Mutis, ángel tutelar, como antes con la sugerencia de los libros de Conrad, le abrió las esclusas a García Márquez para que el reprimido caudal en que cabe toda la realidad, fluyera gracias al influjo benéfico de la obra de Juan Rulfo donde, como es bien sabido, los muertos continúan hablando con los vivos.

En 1965 Mutis dicta conferencias en la Casa del Lago en Ciudad de México. Temas: Conrad, Valéry Larbaud y la Desesperanza. En esta última, a partir de André Malraux y Drieu la Rochelle esboza una fenomenología de la desesperanza y sus características: lucidez, incomunicabilidad, soledad, peculiar relación con la muerte y, paradoja última, diálogo con la esperanza misma. En lo que esta tiene “de breve entusiasmo por el goce de ciertas probables y efímeras dichas” que le permiten sobrevivir al desesperanzado. Dichas que en muchos casos provienen

del cuerpo mismo, de la gravitación de lo físico y del esplendor de los sentidos. La conferencia termina con una reflexión sobre *El coronel no tiene quien le escriba* y “el novelista colombiano que encontró en el húmedo y abrasador clima de Macondo y en la mansa fatalidad que devora a sus gentes, un inagotable motivo de desesperanza”. La fecunda desesperanza que alimentará a sus futuros personajes, de Aureliano Buendía a Simón Bolívar y de éste a Florentino Ariza.

En 1989, en las “Gratitudes” al final de *El general en su laberinto*, Gabriel García Márquez reconocerá su paciente espera en torno al memorable cuento de Álvaro Mutis sobre los últimos días de Bolívar: *El último rostro*. Cuando Mutis descartó convertirlo en novela García Márquez se lo apropió como núcleo irradiante de la suya. Comparte en cierto modo el lúcido escepticismo de Mutis sobre la epopeya bolivariana pero trata de reanimarlo con el sueño trunco de la integración latinoamericana y su rechazo del dominio norteamericano. Ambos se interrogan sobre la vacuidad final del poder y los fastos efímeros de la gloria.



Sus convicciones políticas difieren pero la amistad se mantiene firme. El reaccionario monárquico puede dialogar con el izquierdista socializante pues ambos comparten el fuego de la poesía, “única prueba concreta de la existencia del hombre”, tal como lo certifica el *Brindis por la poesía* con el cual García Márquez al recibir el premio Nobel la exaltó en

Estocolmo. Brindis en el cual la mano de Mutis tomó parte muy activa.

Al cumplir 70 años Álvaro Mutis, García Márquez pronunció un discurso donde hizo público su reconocimiento: "No podría decir que tanto hay de él en casi todos mis libros, pero hay mucho", y "Maqroll no es sólo él, como con tanta facilidad se dice, Maqroll somos todos".



Es grato volver a la buena amistad de la literatura en estos tiempos ruines: así lo he propuesto en el libro que Taurus acaba de publicar en Bogotá: Gabriel García Márquez-Álvaro Mutis: *Lecturas convergentes*.

JUAN GUSTAVO COBO
BORDA

Alejandro Obregón (1920-1992)

Diego Obregón, hijo mayor del maestro, y Luis Fernando Pradilla, director de la galería El Museo, en Bogotá, han emprendido la épica tarea de establecer el catálogo definitivo y razonado de la vasta obra de Alejandro Obregón, que bien puede rondar las 5.000 piezas. No sólo se logrará así combatir el plagio y las falsificaciones sino que, en los varios volúmenes que esa tarea demanda, se podrá sustentar mejor la importancia capital de su aporte al arte colombiano del siglo xx. Apreciando algunos de estos impre-

vistos rescates, retomando el hilo de su fecunda trayectoria, estos apuntes acompañan el primer volumen de esta fundamental empresa.

La personalidad de Obregón resultaba afirmativa: rotunda, viril. Pero las perplejidades, las dudas, los silencios, también eran parte esencial de su carácter. Pertenecía a una familia de recursos, en un país de pobres irredimibles, pero había optado por un oficio que lo colocaba en el azaroso mundo de la bohemia. ¿Qué significaba ser pintor en la Colombia de entonces? Retratos académicos y algún encargo público. Aún así defendió su opción, con terco coraje, y muy pronto fue reconocido.

Se había educado en el exterior (España, Inglaterra, Estados Unidos) y había sido tan vicecónsul ad honórem en Barcelona como juvenil director de la Escuela de Bellas Artes en Bogotá. En medio de estos avatares, fue desbrozando un mundo propio. La incorporación, por fin, de una furiosa naturaleza al marco de aquilatadas decantaciones plásticas. El mundo de Cézanne, el mundo de Picasso, el de sus admirados amigos latinoamericanos: Tamayo, Lam, Matta, Szyszlo.



El mundo de ese bodegón que cultivó toda su vida, donde la mesa-horizonte le permitió ofrecer su reiterado repertorio: una copa, una patilla, un mangle, una iguana, una flor carnívora, una mojarra, un alca-traz, una barracuda, un chivo, un gallo. Formas que llegaban a com-poner, en rigor geométrico, o en én-

fasis gestual, su vibrante armonía. El color, que celebraba la vida, era también en su pintura una dilatada agonia. Por ello sus pigmentos determinantes siguen siendo el rojo y el gris.



En todo caso, aquellos seres que pintaba, y sobre los cuales siempre volvía, también eran heridos por el rayo inmisericorde de la violencia. El cuerpo de un estudiante tasajeado sobre la escueta mesa. El paisaje elegíaco de una mujer preñada. El fúnebre cielo rasgado por un trueno de luz.

Parecía querer estar allí, donde sucedían las cosas: el 9 de abril, el 10 de mayo, el avión caído en que murió su amigo el poeta Jorge Gaitán Durán, los adioses al Che y a Camilo Torres. Pero el anverso de este rostro público, de participación y denuncia, era su conventual estudio en la calle de La Factoría en Cartagena de Indias. Su anterior cuarto de altos techos en la calle de San Blas en Barranquilla. Se aislaba para escuchar mejor la algarabía del mundo. Era un intuitivo, amante de los azares del destino, pero era también un guerrero que vencía su espantoso miedo íntimo liándose a puños o enfrentándose a una vaquillona en una corrida. Riesgo, coraje, valentía, que se tradujo muy pronto en la dimensión épica de su pintura: los toros, los cóndores, las blancas cimas más altas de las cumbres andinas, el ígneo cráter de los volcanes, y el vértigo enloquecido de los ciclones del Caribe borrando de la tierra las vanas pretensiones del hombre por domesticar un trópico que todo lo consume,